

# Homilía en la toma de posesión de la Archidiócesis de Pamplona y de la Diócesis de Tudela de Mons. Francisco Pérez González



Catedral de Pamplona, 30 de septiembre de 2007

Quiero comenzar manifestándoos un deseo: que el verdadero protagonista de esta celebración sea Jesucristo que ha prometido permanecer siempre entre nosotros si nos amamos como él nos amó. En él quiero vivir, existir y actuar. Mi única misión entre vosotros será la de reflejar su Rostro Amado y su Palabra que da Vida. A vosotros me envía y en su nombre vengo. Mi persona es débil y frágil, como la vuestra, pero su Amor es más fuerte. Por eso pudo decir a sus Apóstoles "quien a vosotros escucha, a mí me escucha". Él me envía para hacer de esta familia, una familia unida en su

nombre: "Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado" (Jn 17, 21-22). Este es el lema de mi episcopado y quiero vivirlo con vosotros.

1.- Saludo a todos los presentes: a los Sres. Cardenales, al Sr. Nuncio, a los Sres. Arzobispos, Obispos, Obispos de la Archidiócesis de Pamplona, Abades, al Vicario General, Vicarios Episcopales, Cabildos y Sacerdotes, Diáconos, Seminaristas, Religiosos, Miembros de vida consagrada, a la Prelatura del Opus Dei, al Tribunal de la Rota de España, a las Asociaciones y Movimientos, a los miembros de las Obras Misionales Pontificias y a los sacerdotes y fieles de la Diócesis que he dejado. Saludo con afecto a las Autoridades Civiles: al Sr. Presidente del Gobierno de Navarra, a la Sra. Alcaldesa de Pamplona, al Sr. Alcalde de Tudela, a las Autoridades Parlamentarias, Municipales, Académicas, Judiciales, Militares, a los Cuerpos de Seguridad del Estado y Forales. A mi familia, a los de mi pueblo natal, a cuantos habéis venido de Burgos y de otras ciudades, a todos los navarros, presentes y ausentes, os doy un abrazo de paz y amistad sincera en nombre de Jesucristo y de su Iglesia. Con el saludo, vaya también mi sincero agradecimiento a la Capilla de Música de la Catedral y a todos los que, con tanta dedicación y esmero, han preparado esta celebración.

Permitidme que salude de modo especial a Mons. Fernando Sebastián a quien agradezco, en nombre propio y de toda la Diócesis, su entrega, su amor generoso a

los navarros a lo largo de estos catorce últimos años, amor que ha sabido ofrecer siempre con valentía y decisión.

2.- Después de casi doce años de Obispo, el Santo Padre me envía a vosotros, a esta Diócesis de Pamplona-Tudela, tierra de hondas y profundas raíces cristianas. El cristianismo, según nos muestra la historia, estaba ya asentado en Pamplona a finales del siglo IV. Y desde luego, la mención de un obispo en estas tierras se registra en las Actas del III Concilio de Toledo (año 589) en el que se produjo la conversión del pueblo visigodo al catolicismo. Tierra ésta de grandes santos y de innumerables misioneros extendidos por todo el mundo y capitaneados por Francisco de Javier. Doy gracias a Dios por poder contar con esta historia que me hace mirar el pasado con agradecimiento y el futuro con pasión de apóstol.

3.- Estos días atrás se despedía D. Fernando de vosotros. Hoy me presento yo dispuesto a tomar el relevo. Una cosa quiero deciros desde el primer momento: aunque lo dicho sea verdad, más verdad es que ni D. Fernando cesa ni yo comienzo. Es Cristo quien, antes en él y a partir de ahora en mí, quiere seguir viviendo entre vosotros para llevar a cabo la obra maravillosa de la extensión de su Reino: "A través de los obispos, de los presbíteros que los ayudan, el Señor Jesucristo, aunque sentado a la derecha de Dios Padre, continúa estando presente en medio de nosotros" (Juan Pablo II, Pastorem Gregis, 6). Si sois capaces de trascender las personas para vivir desde la fe este hecho, "seréis dichosos y os irá bien".

Desde el momento en que el Papa Benedicto XVI me nombró Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela he albergado en mi corazón, entre otros, dos sentimientos. En primer lugar: el deseo de seguir a Cristo con mayor decisión y entrega. Y porque ha prometido estar siempre entre nosotros, a Él sólo quiero glorificar, adorar y amar. Invito a esta profunda adoración tan necesaria hoy; como decía Madre Teresa de Calcuta: "Si supiéramos adorar más a Dios, las realidades humanas irían mejor". Si hubiera, en la Diócesis, un Templo, abierto día y noche para adorar simplemente a Cristo, ¡cuánto bien haría! Con San Pablo, lo hemos escuchado en la segunda lectura, también yo quiero gritar: "A Él honor e imperio eterno". Quiero que Jesucristo, en medio de nosotros, sea siempre el verdadero protagonista en mi ministerio episcopal. Desde el primer momento os pido que me acogáis entre vosotros como a un servidor suyo. En segundo lugar, la necesidad de agradecer al Papa la confianza que, a pesar de mi indignidad, ha depositado en mi persona para presidir en la caridad esta parcela de Iglesia. Sr. Nuncio, le ruego haga llegar al Santo Padre mi sincero agradecimiento y decirle que esta Iglesia estará en comunión con él.

4.- Hermanos, ¿qué es lo que esperáis de vuestro nuevo Obispo? Desearía que mis palabras se grabaran en vuestros corazones y que fueran un eco de las mismas que Cristo nos ha dirigido a través de las lecturas. Cristo necesita de los navarros y Navarra necesita a Cristo. Por eso Cristo me envía a vosotros y a vosotros me debo. No quiero ser ni hacer nada al margen del querer de Cristo.

En su carta al discípulo Timoteo, Pablo le da una serie de recomendaciones para su vida de pastor, animador y modelo de comunidad. Esas recomendaciones quiero asumirlas como dirigidas a mí. Quiero, por ello, ser con vosotros fiel hijo de Dios "practicando la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza" (1 Tim 6, 11), y sólo para "conquistar la vida eterna a la que fuimos llamados" (1 Tim 6, 13). No vengo a vosotros para transmitir os ideologías religiosas, o pautas sociológicas;

no pretendo ser un 'leader' dentro de la Iglesia, más o menos competente y convincente; y menos vengo a imponeros sino a proponeros el camino de la verdadera libertad que es el evangelio; vengo a daros lo mejor que os puedo ofrecer, que es el "Amor de Dios" y su Gracia. Vengo a compartir con vosotros el Reino de Dios.

Acoger el amor de Dios es lo que nos mantendrá siempre en pie y capacitados para la entrega. Lo fundamental en nuestra vida es creer en el amor de Dios más allá de nuestras debilidades y miserias, más allá de las circunstancias dolorosas o gozosas que tengamos que afrontar, más allá del cariño o desprecio que nos deparen los hombres. Dios es paciente y misericordioso. Es como aquella madre que, tras haberse marchado su hijo de casa, y de malas maneras, todos los días colocaba sobre la mesa los cubiertos y los platos para él a la hora del desayuno, de la comida y de la cena. Lo hacía sin saber si volvería pronto o tarde. En su corazón siempre albergaba la esperanza. Cuando alguien le preguntaba por su modo de proceder, ella siempre respondía: "Una madre no se cansa de esperar". Aquel hijo llegó un día mientras comían sus padres. Su lugar estaba preparado. Al preguntar si le esperaban, su madre le respondió: "Una madre no se cansa de esperar". Dios, hermanos, no se cansa de esperar ni de esperarnos. Su amor hacia nosotros es inmenso y para siempre.

Mi única pasión será la de ayudaros a creer en este amor de Dios hasta que un día pueda llevaros sobre mis hombros, como el Buen Pastor, a la eternidad, que no es otra cosa que el encuentro definitivo con la felicidad y la paz de Dios. La Iglesia, que es la Casa y la Familia de Dios, no alberga otras expectativas. Seguir siempre con vosotros y con fidelidad el mandato de Cristo Jesús, será mi único programa de Obispo. Todas las realidades, tanto materiales como sociales que nos toque vivir, han de ir impregnadas de esta experiencia que, como una semilla, irá creciendo hasta producir frutos que trasciendan hasta la vida que no tiene fin. Me tenéis a vuestra entera disposición y quiero vivir con vosotros intensamente este tiempo de gracia que Dios nos depara.

5.- El profeta Jeremías nos recordaba la labor del buen pastor: reunir a las ovejas dispersas, propiciar el crecimiento interior y en número, infundir en ellas coraje para que nunca tengan miedo, ni se asusten, ni se pierdan. En la mesa de mi vida episcopal quiero que todos podáis encontrar un lugar donde cobijaros. Que nadie se quede sin un lugar en mi corazón. Es plegaria y deseo. A medida que pasan los años, cada vez me percato más de que si algo anhela el ser humano, es sentirse querido. Sólo el amor es capaz de iluminar y transformar los corazones. Y cuando el corazón cambia, cambia todo a su alrededor. Sólo la caridad de los unos para con los otros hará posible el milagro de la fraternidad tan anhelada en nuestros corazones. Amor gozado y amor ofrecido. Si esto se hace realidad entre nosotros, no tenemos por qué temer. Como dice Pablo "ni la aflicción, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni el peligro, ni la espada... nos podrá separar del amor de Dios puesto que en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado" (Rm 8, 35.37).

6.- Siento que Jesús, como aquel día a Pedro, también me pregunta en esta tarde: "¿Me amas más que estos?" Os confieso sentir lo mismo que sintió Pedro aquel día: por una parte, temor de que mi respuesta sea eso, simplemente una respuesta para salir al paso. Por otra parte, siento también el deseo sincero de responder lo que él respondió, desde la humildad: " Tú sabes que te amo". Y respondo así porque estoy

cierto de que es lo único que Jesús exige para poder apacentar el rebaño confiado. Sólo haciendo realidad en mi vida esa respuesta me sentiré capacitado para ejercer convenientemente el ministerio de pastor. Soy consciente, hermanos, de que la respuesta que hoy quiero dar al Señor me compromete a amaros el primero, a amaros como Jesús y como Pedro, hasta ofrecer lo mejor de mí mismo. Pedid al Señor que nunca flaqueen mis fuerzas.

7.- Una palabra a los sacerdotes que, en tan gran número, habéis querido acompañarme en este momento tan importante de mi vida. Y perdonad los que habéis venido de otras partes si, de entre todos los sacerdotes, me dirijo a los que vais a ser mis directos colaboradores. " Los presbíteros y especialmente los párrocos, son los más estrechos colaboradores del ministerio del Obispo (Juan Pablo II, PG. 47). Por eso me presento ante vosotros solicitando ya desde el primer momento vuestra colaboración desinteresada, consciente de que, sin vuestra ayuda, nada digno de Dios podré llevar adelante. A vosotros es a quienes más tiempo quiero dedicar como padre y hermano que os quiere, que os escucha, que os acoge, que os corrige, que os conforta y hace todo lo posible por vuestro bienestar humano, espiritual, ministerial y económico (cfr. PG. 47). "El gesto del sacerdote que, el día de la ordenación presbiteral, pone sus manos en las manos del Obispo prometiéndole respeto y obediencia filial, puede parecer, a primera vista, un gesto con sentido único. En realidad, el gesto compromete a ambos: al sacerdote y al obispo. El joven presbítero decide encomendarse al Obispo y, por su parte, el obispo se compromete a custodiar esas manos" ( Juan Pablo II, Discurso a un grupo de obispos, 23-9-2002).

8.- Una palabra de aliento también para todos los consagrados, testigos de la presencia viva de Dios, para los de vida activa y para los contemplativos. Me confío a vuestra oración . Y de entre todos los consagrados, una palabra de aliento y agradecimiento para todos los misioneros que en Navarra son muchísimos. Los misioneros son personas que un día descubrieron que Dios no era invisible, que su rostro se copia y multiplica en el rostro de sus criaturas dolientes, y decidieron sacrificar su vida en la salvación de otras vidas, decidieron ofrendar su vocación en los altares de la humanidad desahuciada. Gracias, queridos misioneros, por vuestra generosidad y ejemplo.

9.- Un saludo afectuoso para los futuros sacerdotes, para los seminaristas. ¡Cuánto me alegra saber que el Seminario va creciendo en número y que este año accederán por primera vez al Seminario Mayor varios jóvenes! El Seminario es uno de los bienes más preciosos para la diócesis. "El conocimiento personal y profundo de los candidatos al presbiterado en la propia Iglesia particular es un elemento del cual el Obispo no puede prescindir. Basándose en dichos contactos directos se ha de esforzar para que en los seminarios se forme una personalidad madura y equilibrada, capaz de establecer relaciones humanas y pastorales sólidas, teológicamente competente, con honda vida espiritual y amante de la Iglesia (Juan Pablo II, PG 48). Ese es mi deseo y propósito.

10.- Me dirijo a todos los niños de Navarra que sois la alegría de la familia y de la sociedad. A vosotros, que os encontráis en los albores de la vida, os digo: amad mucho a Jesús. A nosotros, adultos, nos toca educarlos integralmente y no dejar que crezca en ellos la cizaña de la confusión y del relativismo. Lo que en ellos sembramos, eso recogeremos. Y a vosotros, jóvenes de Navarra: sé que estáis en una edad cargada de ideales. Luchad por ideales nobles, por los que nunca pasan.

Sé que a veces se os hace costoso ascender a la montaña de Dios porque otros falsos dioses quieren robaros el corazón. Os digo una cosa: sólo en las alturas se respira aire puro y sólo desde alto se ven las realidades de este mundo con objetividad. Permaneced siempre abiertos a lo que Dios os pueda pedir, también a la vocación sacerdotal o consagrada y si es a la vida matrimonial formando auténticas familias. No hay mejor modo de gozar de la vida que dándola, entregándola en beneficio de la humanidad. ¡Seréis felices!, es una promesa de Cristo.

11.- Mi palabra llena de afecto también para las familias, que sois el Santuario del Amor y de la Vida. Una sociedad que no tenga en cuenta a la familia, es una sociedad avocada a la decrepitud y al suicidio social. Sin la familia, la sociedad pierde su identidad y se convierte en un desierto. Por ello apelo a la responsabilidad de todos para animar y ayudar a la familia, cada uno desde sus propias instancias. Quiero tener presentes de un modo muy especial a aquellas familias que atraviesan momentos de dificultad. Contad siempre con mi oración y apoyo.

12.- Vaya mi saludo de fraternidad sincera a los inmigrantes (en Navarra hay más de veinticinco mil). No perdáis nunca los valores sagrados aprendidos en vuestra tierra, más allá de nuestras fronteras. La Iglesia os quiere y os acoge con afecto. A los más pobres, a los enfermos, a los que se sienten bajo el yugo de la esclavitud en sus distintos matices, a todos los que sufren por cualquier razón, os recuerdo con cariño y os deseo que encontréis alivio y esperanza en Cristo. También a los que andan vacilantes en su fe o, por las circunstancias que fueren, la han perdido. Contad con el cariño de vuestro Obispo.

13.- Aunque a veces tengáis otra impresión, os digo que la Iglesia está viva. Y está viva porque Cristo está vivo, porque Él ha resucitado verdaderamente. Él es nuestra seguridad porque no nos ha dejado huérfanos; él es nuestra esperanza porque ha vencido al odio con el amor; él es nuestro mejor apoyo, porque le pertenecemos; él es nuestra alegría, porque nadie puede llenar tanto el corazón; él es la Vida porque la suya nunca acaba, y él es la Verdad porque ilumina toda la existencia. En él confío y a él os encomiendo.

Que Santa María la Real y de Roncesvalles, San Fermín, San Francisco de Javier, Santa Ana y San Agustín nos ayuden a recorrer con decisión el sendero de la santidad que, aunque estrecho, es el único que nos llevará a gozar de la felicidad que tanto anhelamos.

+ Francisco Pérez González

Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela